

DUNE HUNTING HARKONNENS

BRIAN HERBERT AND
KEVIN J. ANDERSON



Un relato original de precuela de *Dune: La Yihad Butleriana*. Muestra el destino de varios miembros de la familia Harkonnen, y presenta algunos de los villanos que se verán en las siguientes novelas.

DUNE

Cazando Harkonnen

Un relato de la Yihad Butleriana

Brian Herbert

Kevin J. Anderson



Título original: *Hunting Harkonnens*

Autores: Brian Herbert y Kevin J. Anderson

Publicado originalmente como un pdf en la página oficial dunenovels.com, más tarde recopilado en *The Road to Dune*

Publicación del original: 2003

Traducción: Faku J Berrade

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

07.06.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Dune y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Brian Herbert
Kevin J. Anderson

Brian Herbert, hijo de Frank Herbert, es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, y de una esclarecedora biografía de su célebre padre, el creador de la famosa saga *Dune*, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

Kevin J. Anderson ha publicado veintinueve *bestsellers* y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bran Stocker y el SFX Reader's Choice.

I

El yate espacial Harkonnen dejó las industrias familiares en Hagal y cruzó el abismo interestelar hacia Salusa Secundus. La nave aerodinámica volaba silenciosamente, en contraste con la descarga de gritos enojados dentro de la cabina.

Ulf Harkonnen pilotaba el yate, concentrándose en los peligros del espacio y la constante amenaza de las máquinas pensantes, aunque seguía dando charla a su hijo de veintiún años, Piers. La esposa de Ulf, Katarina, un alma demasiado gentil para ser digna del nombre Harkonnen, decidió que la pelea había durado lo suficiente.

—Más críticas y gritos no servirán para nada, Ulf.

Vehementemente, el Harkonnen mayor no estuvo de acuerdo.

Piers se sentó echando humo, sin arrepentirse; no estaba hecho para las prácticas desalmadas que su noble familia esperaba, sin importar cuánto intentara su padre metérselas. Sabía que Ulf lo maldeciría y humillaría durante todo el camino a casa. El brusco anciano se negaba a considerar que las ideas de su hijo para métodos más humanos en realidad podrían ser más eficientes que las formas inflexibles y dominantes.

Agarrando los controles de la nave como si estuviera a punto de morir, Ulf le gruñó a su hijo:

—Las máquinas pensantes son eficientes. Los humanos, especialmente la chusma como nuestros esclavos en Hagal, están destinados a ser utilizados. Dudo que alguna vez puedas meterte eso en tu cráneo. —Sacudió su gran cabeza cuadrada—. A veces, Piers, creo que debería limpiar tu conjunto de genes eliminándote.

—Entonces ¿por qué no lo haces? —inquirió Piers, desafiante. Su padre creía en las decisiones enérgicas, en que cada pregunta tenía una respuesta blanca y negra, y que menospreciar a su hijo lo llevaría a hacerlo mejor.

—No puedo, porque tu hermano Xavier es demasiado joven para ser el heredero Harkonnen, así que eres la única opción que tengo... por el momento. Sigo esperando que entiendas tu responsabilidad con nuestra familia. Eres un noble, tienes la intención de mandar, no mostrar a los trabajadores lo suave que puedes ser.

Katarina suplicó:

—Ulf, puede que no estés de acuerdo con los cambios que Piers hizo en Hagal, pero al menos lo pensó y estaba intentando un nuevo proceso. Con el tiempo, podría haber llevado a una mejor productividad.

—¿Y mientras tanto, la familia Harkonnen quiebra? —Ulf sostuvo un grueso dedo hacia su hijo como si fuera un arma—. Piers, esa gente se aprovechó de ti terriblemente, y tienes suerte de que llegué a tiempo para detener el daño. Cuando te proporciono instrucciones detalladas sobre cómo se ejecutarán nuestras propiedades familiares, no espero que vengas con una «mejor» idea.

—¿Está tu mente tan fosilizada que no puedes aceptar nuevas ideas? —preguntó Piers.

—Tus instintos son defectuosos, y tienes una visión muy ingenua de la naturaleza humana. —Ulf negó con la cabeza, gruñendo de desilusión—. Está muy pegado a ti, Katarina, ese es su principal problema. —Al igual que su madre, Piers tenía un rostro estrecho, labios carnosos y una expresión delicada... bastante diferente del cabello gris y despeinado de Ulf que enmarcaba un rostro de rasgos romos.

—Hubieras sido un mejor poeta que un Harkonnen.

Eso estuvo destinado a ser un insulto grave, pero Piers lo aceptó en secreto. El joven siempre había disfrutado leyendo historias del Imperio Antiguo, de los días de decadencia y hastío antes de que las máquinas pensantes hubieran conquistado muchos sistemas estelares civilizados. Piers habría encajado bien en esos tiempos como escritor, como narrador.

—Te di una oportunidad, hijo, esperando poder contar contigo. Pero he tenido mi respuesta. —El anciano Harkonnen estaba de pie apretando sus grandes puños callosos—. Todo este viaje ha sido un desperdicio.

Katarina acarició la amplia espalda de su marido, tratando de calmarlo.

—Ulf, estamos pasando cerca del sistema Caladan. Dijiste algo sobre detenerse allí para investigar la posibilidad de nuevas explotaciones... ¿tal vez operaciones de pesca?

Ulf se encogió de hombros.

—Está bien, nos desviaremos a Caladan y echaremos un vistazo. —Levantó la cabeza—. Pero mientras tanto, quiero que esta desgracia de hijo sea sellada en la cámara del bípode. Es lo más parecido a un bergantín a bordo. Necesita aprender su lección, tomar sus responsabilidades en serio, o nunca será un verdadero Harkonnen.

II

Mientras se enfurruñaba dentro de su improvisada celda, con sus paredes de color crema y paneles de instrumentos plateados, Piers miró por la pequeña y redonda ventana. Odiaba las discusiones con su obstinado padre. Las viejas costumbres rígidas de la familia Harkonnen no siempre fueron las mejores. En lugar de imponer condiciones duras y castigos duros, ¿por qué no intentar tratar a los trabajadores con respeto?

Trabajadores. Recordó cómo su padre había reaccionado ante la palabra.

—Luego, querrás llamarlos empleados. ¡Son esclavos! —había tronado Ulf cuando estaban en la oficina del capataz en Hagal—. No tienen derechos.

—Pero merecen derechos —respondió Piers—. Son seres humanos, no máquinas.

Ulf apenas había contenido su violencia.

—Tal vez debería golpearte de la manera en que mi padre me golpeó, para quitarte la contrición y la responsabilidad. Esto no es un juego. Vete ahora, chico. Sube a la nave.

Como un niño regañado, Piers había hecho lo que le ordenaba...

Deseó poder ponerse de pie cara a cara con su padre, solo una vez. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, Ulf le hacía sentir que había defraudado a la familia, como si fuera un ignorante que desperdiciara sus fortunas tan difíciles de conseguir.

Su padre le había confiado para administrar las posesiones familiares en Hagal, preparándolo como el próximo jefe de los negocios Harkonnen. Esta asignación había sido un paso importante para Piers, con total autoridad sobre las operaciones de diamante en láminas. Una oportunidad, una prueba. La comprensión implícita era que operaría las minas como siempre se habían ejecutado.

Los Harkonnen tenían los derechos mineros de todos los diamantes en lámina en el escasamente poblado Hagal. La mina más grande llenaba todo un cañón. Piers recordó cómo la luz del sol jugaba en los acantilados vidriosos, bailando en las superficies prismáticas. Nunca había visto algo tan hermoso.

Las caras del acantilado eran láminas de diamantes con cuarzo azul verdoso que marcaban los perímetros, como marcos irregulares. Las máquinas mineras operadas por humanos se arrastraban a lo largo de los acantilados como insectos gordos y plateados: sin inteligencia artificial y, por lo tanto, consideradas seguras. La historia había demostrado que incluso los tipos más inocuos de IA podían finalmente volverse contra los humanos. Sistemas estelares enteros ahora estaban bajo el control de máquinas diabólicamente inteligentes, y en esos sectores oscuros del universo, los esclavos humanos seguían los comandos de amos mecanizados.

En puntos óptimos en los relucientes acantilados, las máquinas de minería se fijarían a la superficie con dispositivos de succión y separarían el material de diamante con ondas de sonido en los puntos naturales de la fisura; sosteniendo las láminas de diamantes en su alcance, las máquinas tontas harían su camino de regreso por el acantilado a las áreas de carga.

Era un proceso eficiente, pero a veces el procedimiento de corte sónico rompía las láminas de diamante. Sin embargo, una vez que Piers dio a los esclavos una participación en las ganancias, tales contratiempos ocurrieron con mucha menos frecuencia, como si tuvieran más cuidado después de haber recibido un interés personal.

Supervisando la operación de Hagal, a Piers se le ocurrió la idea de dejar que las pandillas cautivas trabajaran sin las regulaciones típicas de los Harkonnen y la supervisión cercana. Mientras que algunos esclavos aceptaron el programa de incentivos, surgieron varios problemas. Con supervisión reducida, algunos esclavos huyeron; otros estaban desorganizados o flojos, esperando que alguien les dijera qué hacer. Inicialmente, la productividad disminuyó, pero estaba seguro de que la producción eventualmente alcanzaría e incluso superaría los niveles previos.

Antes de que eso pudiera pasar, su padre había hecho una visita no anunciada a Hagal. Y Ulf Harkonnen no estaba interesado en ideas creativas o mejoras humanitarias si las ganancias bajaban...

Sus padres se vieron obligados a dejar a su hijo menor, Xavier, en Salusa con una agradable pareja de la vieja escuela.

—Me estremezco al pensar cómo va a salir el chico si ellos lo crían. Emil y Lucille Tantor no saben cómo ser estrictos.

Escuchando a escondidas, Piers sabía por qué su padre manipulador había dejado a su hermanito con los Tantor. Como la pareja que envejecía no tenía hijos, el astuto Ulf estaba trabajando en su favor. Esperaba que los Tantor eventualmente dejaran sus propiedades a su querido «ahijado» Xavier.

Piers odiaba la manera en que su padre usaba a las personas, ya fueran esclavos, otros nobles o miembros de su propia familia. Eso era repugnante. Pero ahora, atrapado dentro de la apretada cámara de las cápsulas de salvamento, no podía hacer nada al respecto.

III

La programación hacía que las máquinas pensantes fueran implacables y decididas, pero solo la crueldad de una mente humana podría generar suficiente odio despiadado como para alimentar una guerra de exterminio durante mil años.

A pesar de que la omnipresente mente de la computadora Omnius los mantenía en una esclavitud reacia, los cimek (máquinas híbridas con mentes humanas) solían esperar su momento cazando entre las estrellas. Podrían capturar a humanos salvajes, traerlos de vuelta a la esclavitud en los mundos sincronizados, o simplemente matarlos por deporte...

El líder de los cimek, un general que había tomado el imponente nombre de Agamenón, había conducido una vez a un grupo de tiranos para conquistar el decadente Imperio Antiguo. Como soldados implacables en la causa, los tiranos habían reprogramado a los robots subordinados y las computadoras para darles sed de conquista. Cuando su cuerpo humano mortal envejeció y se debilitó, Agamenón se sometió a un proceso quirúrgico que le extrajo el cerebro y lo implantó dentro de un contenedor de preservación que pudo instalar en diversos cuerpos mecánicos.

Agamenón y sus compañeros tiranos habían tenido la intención de gobernar durante siglos... pero luego las computadoras artificialmente agresivas entraron en el poder cuando vieron la oportunidad, explotando la falta de diligencia de los tiranos. La red Omnius gobernó entonces los restos del Imperio Antiguo, y subyugó a los tiranos cimek junto con el resto de la humanidad ya aplastada.

Durante siglos, Agamenón y sus compañeros conquistadores se vieron obligados a servir a la computadora siempre, sin posibilidad de recuperar su propia regla. Su mayor fuente de diversión era rastrear a los humanos extraviados que habían logrado mantener su independencia de la dominación de las máquinas. Aún así, el general cimek consideraba que era una desaparición muy satisfactoria de sus frustraciones.

Su contenedor cerebral había sido instalado dentro de una veloz nave exploradora que patrullaba áreas conocidas por estar habitadas de humanos de la Liga. Seis cimek acompañaban al general mientras sus naves pasaban por el borde de un pequeño sistema solar. Encontraron poco interés, solo un mundo compatible con humanos, compuesto principalmente de agua.

Luego, los sensores de largo alcance de Agamenón vieron otra nave. Una nave humana. Aumentó la resolución y señaló el objetivo a sus compañeros. Triangulando con sus habilidades combinadas de detección, Agamenón percibió que la nave solitaria era un pequeño yate espacial, su configuración y estilo sofisticados implicaban que sus pasajeros eran miembros importantes de la Liga, ricos comerciantes... tal vez incluso nobles presumidos, las víctimas más gratificantes de todas.

—Justo lo que estábamos esperando —dijo Agamenón.

Las naves cimek ajustaron el rumbo y aceleraron. Conectado a través de mentrodos, el cerebro de Agamenón voló su cuerpo de nave como si fuera una gran ave rapaz,

concentrándose en su indefenso objetivo. También tenía un caminante terrestre almacenado a bordo, una forma guerrera que podría usarse para el combate planetario.

Los primeros disparos del cimek tomaron por sorpresa a la nave de la Liga. El piloto humano condenado apenas tuvo tiempo de realizar maniobras evasivas. Los proyectiles cinéticos rasparon el casco, golpeando uno de los motores, pero la armadura defensiva de la nave lo protegió contra el daño severo. Las naves cimek pasaron volando, atacando de nuevo con proyectiles explosivos, y el yate humano se tambaleó, intacto pero desorientado.

—Cuidado, muchachos —dijo Agamenón—. No queremos destruir el premio.

En las afueras del espacio de la Liga, lejos de los Mundos Sincronizados, los humanos salvajes obviamente no habían esperado encontrarse con depredadores enemigos, y el capitán de esta nave había sido particularmente descuidado. Derrotarlo sería casi embarazoso. Sus cazadores cimek esperarían un mejor desafío, una búsqueda más entretenida...

El piloto humano volvió a conectar su motor dañado y aumentó la velocidad hacia el sistema aislado, huyendo hacia el mundo acuático. En su estela, el humano lanzó una ráfaga de proyectiles explosivos intensamente brillantes que causaron poco daño físico, pero enviaron pulsos de estática confusa a través de los sensores de máquina de las naves cimek. Los seguidores cimek de Agamenón transmitieron una serie de maldiciones imaginativas. Sorprendentemente, la víctima humana respondió con una voz áspera y desafiante con el mismo veneno y vigor.

Agamenón se rió entre dientes y envió un pensamiento-comando. Esto sería más divertido. Su nave de ataque estalló como un caballo salvaje y enérgico, parte de su cuerpo imaginario.

—¡Cácenlo! —Los cimek, disfrutando del juego, se abalanzaron sobre la desventurada nave humana.

El piloto condenado voló con maniobras estándar para evadir a los perseguidores. Agamenón se contuvo, tratando de determinar si el humano era realmente tan inexperto o simplemente arrullaba a los cimek en una injustificada sensación de tranquilidad.

Cayeron en picada hacia el pacífico mundo azul: Caladan, según la base de datos a bordo. El mundo le recordó los iris azules que alguna vez tuvieron sus ojos humanos... Habían pasado tantos siglos que el general cimek podía recordar pocos detalles de su apariencia física original.

Agamenón pudo haber transmitido un ultimátum al piloto, pero los humanos y los cimek sabían lo que estaba en juego en su larga guerra a fuego lento. El yate espacial abrió fuego, unas pocas ráfagas patéticamente débiles diseñadas para alejar meteoroides problemáticos del camino en lugar de defenderse contra la acción militar abierta. Si se tratara de una nave noble, debería haber tenido armas ofensivas y defensivas mucho más serias. Los cimek se rieron y se acercaron, sin percibir ninguna amenaza.

Sin embargo, tan pronto como se acercaron, el desesperado piloto humano lanzó otra ráfaga de explosivos, aparentemente las mismas bombas que había lanzado anteriormente, pero Agamenón detectó ligeras fluctuaciones.

—Cuidado, sospecho...

Cuatro minas de proximidad, cada una con una carga espacial diez veces más poderosa que la primera artillería, detonaron con enormes ondas de choque. Dos de los cazadores cimek sufrieron daños externos; uno fue completamente destruido.

Agamenón perdió su paciencia.

—¡Retrocedan! Activen las defensas de las naves.

Pero el piloto del yate no disparó más explosivos. Con uno de los cimek supervivientes moviéndose lentamente, el humano podría haberlo derribado fácilmente. Como no lo hizo, la presa humana no debía tener más armas disponibles. ¿O era otro truco?

—No subestimen a las sabandijas.

Agamenón había tenido la esperanza de atrapar a los humanos salvajes, entregándoselos a Omnius para experimentos o análisis, ya que los especímenes «salvajes» se consideraban diferentes de los criados cautivos durante generaciones. Pero, enojado por la pérdida inútil de uno de sus compañeros demasiado ansioso, el general decidió que era un gran problema.

—Vaporicen esa nave —transmitió a sus cinco seguidores restantes. Sin esperar a que los otros cimek se le unieran, Agamenón abrió fuego.

IV

Dentro de las cápsulas de salvamento, Piers solo podía mirar horrorizado y esperar a morir.

Los cimek enemigos atacaron de nuevo. En la cabina, su padre maldijo, y su madre hizo todo lo posible en la estación de armas. Sus ojos no traicionaban el miedo, solo mostraban una fuerte determinación. Los Harkonnen no morían fácilmente.

Ulf había insistido en instalar las mejores armaduras y sistemas defensivos disponibles, siempre sospechoso, siempre listo para luchar contra cualquier amenaza. Pero aquel yate solitario no pudo resistir el ataque concertado de siete ladrones cimek totalmente armados y agresivos. Sellado dentro del compartimento oscuro, Piers no podía hacer nada para ayudar. Observó las máquinas atacantes a través la ventanilla, seguro de que no aguantarían mucho tiempo. Incluso a su padre, que se negaba a inclinarse ante la derrota, parecía que no le quedaban trucos.

Sintiendo la muerte cerca, los cimek se acercaron. Piers oyó golpes repetidos que reverberaron en la nave. A través del ojo de la escotilla, Piers vio a su madre y su padre gesticular desesperadamente el uno al otro.

Otra ráfaga cimek finalmente rompió las placas protectoras y dañó los motores del yate cuando la nave se precipitó hacia el planeta no lo suficientemente cerca, con amplios mares azules y blancos lacres de nubes. Chispas volaron sobre el puente y la nave herida comenzó a caer.

Ulf Harkonnen le gritó algo a su esposa, luego se inclinó hacia la cápsula de salvamento, tratando de mantener el equilibrio. Katarina lo llamó. Piers no pudo entender por qué discutían; la nave estaba condenada.

El fuego de las armas cimek sacudió la nave con una conmoción sorda, enviando a Ulf patinando a través de la cubierta. Incluso la armadura del casco aumentada no podía soportar mucho más. El anciano Harkonnen luchó para ponerse de pie junto a la escotilla de las cápsulas de salvamento, y Piers repentinamente se dio cuenta de que quería abrir la cámara y meterse ambos con su hijo.

Piers leyó los labios de su madre mientras gritaba:

—¡No hay tiempo!

El panel de instrumentos de la cápsula parpadeó y comenzó a ejecutarse durante los ciclos de prueba. Piers golpeó la escotilla, pero la habían sellado por dentro. No pudo salir para ayudarlos.

Mientras Ulf intentaba frenéticamente operar los controles de la escotilla, Katarina corrió hacia el panel en la pared y golpeó el interruptor de activación. Mientras Ulf se volvía hacia su esposa con asombro y consternación, Katarina pronunció un desesperado adiós a su hijo.

Con una sacudida, la cápsula de salvamento se disparó al espacio, lejos del yate espacial condenado.

La aceleración arrojó a Piers a la cubierta, pero él se arrodilló hasta el puerto de observación. Detrás de él, mientras las cápsulas de salvamento caían temerariamente a través del espacio, los merodeadores cimek abrieron fuego una y otra vez, seis máquinas pensantes enojadas combinando su poder destructivo.

La nave Harkonnen estalló con una secuencia de explosiones en una deslumbrante bola de fuego, que se disipó en el vacío desordenado... extinguido junto con la vida de sus padres.

Como una bala de cañón, la cápsula de salvamento se desgarró en la atmósfera de Caladan, rociando chispas rojas de reentrada mientras se acercaba a los océanos azules en la visión iluminada del planeta.

Piers luchó con los crudos controles de emergencia en un esfuerzo por maniobrar, pero la pequeña nave no respondió, como si se tratara de una máquina rebelde contra su amo humano. A esa velocidad, no podría sobrevivir.

El joven heredero Harkonnen inspiró profundamente y tocó las almohadillas de presión para alterar el patrón del propulsor. Tenía poca experiencia en pilotaje, aunque su padre había insistido en que aprendiera; anteriormente, la habilidad no había sido una prioridad para Piers, pero ahora tenía que descubrir los sistemas sin demora.

Mirando hacia atrás, vio que estaba siendo perseguido por una de las naves de combate cimek. El rocío de chispas de reentrada aumentó, como las limaduras de hierro de una piedra al molerse. Los proyectiles explosivos del perseguidor sacudieron la atmósfera a su alrededor sin hacer golpes directos.

Piers bajó a toda velocidad sobre una masa de tierra aislada hacia una cadena montañosa nevada, con el vicioso cimek en su cola, todavía disparando. Los resplandecientes glaciares rodeaban los irregulares picos. Uno de los proyectiles cinéticos del enemigo golpeó una cresta alta, haciendo añicos el hielo y la roca. Piers cerró los ojos y audazmente, sin elección, voló a través de los escombros y lo escuchó golpeando a la cápsula. Y él apenas sobrevivió.

Justo después de raspar la cresta, escuchó una tremenda explosión y vio el cielo detrás de él iluminarse en un destello de color naranja brillante. El perseguidor mecánico había perdido el control. Destruído, al igual que sus padres y su nave espacial...

Pero Piers sabía que había otros enemigos, y probablemente no estaban muy lejos.

V

Agamenón y sus cimek se agruparon alrededor de los restos del yate espacial en una órbita inestable, mientras trazaban la trayectoria de la única cápsula de salvamento eyectada. Marcaron dónde cruzó la atmósfera, qué tan rápido descendió y dónde probablemente aterrizaría. El general no tenía prisa, después de todo, ¿dónde podría ir el único superviviente en aquel mundo primitivo?

Sin embargo, sin órdenes, el único cimek dañado por las minas de proximidad estalló contra la cápsula, hambriento de venganza.

—General Agamemnon, tengo la intención de matar por mi cuenta. —Enojado, el líder cimek hizo una pausa, luego estuvo de acuerdo.

—Ve, tienes el primer disparo. Pero el resto de nosotros no esperaremos por mucho tiempo. —El líder cimek retuvo al resto hasta que pudiera terminar su análisis.

Agamenón reprodujo la señal de socorro que el noble piloto había transmitido poco antes de su destrucción. Las palabras estaban codificadas, pero no con un cifrado muy sofisticado; los sistemas de IA a bordo del cimek lo tradujeron fácilmente.

—Este es Lord Ulf Harkonnen, en camino desde nuestras propiedades en Hagal. Estamos bajo el ataque de las máquinas pensantes. No hay muchas posibilidades de que sobrevivamos.

Que asombrosos poderes de predicción. Agamenón asumió que el sobreviviente a bordo de la cápsula también debía ser un miembro de la noble familia, si no el mismísimo señor.

Hacía mil años, cuando Agamenón y sus diecinueve conspiradores habían derrocado al Imperio Antiguo, un grupo de planetas remotos se había unido para formar la Liga de Nobles. Se habían defendido contra los tiranos, manteniendo su defensa contra Omnium y sus máquinas pensantes. Las computadoras no guardaban rencor ni venganza... pero los cimek tenían mentes humanas y emociones humanas.

Si el sobreviviente de la cápsula en Caladan era un miembro de la desafiante Liga de Nobles, el general cimek quería participar personalmente en su interrogatorio, tortura y ejecución definitiva.

En cuestión de minutos, sin embargo, recibió una transmisión de último momento justo antes de que el perseguidor cimek se estrellara en la superficie.

—Una tonta misión. La próxima vez quiero que se haga bien —dijo Agamenón—. Vayan, encuéntralo antes de que pueda esconderse en los yermos. Les doy la caza a los cuatro y un desafío. Una recompensa para el cimek que encuentre y mate primero a la presa.

Las otras naves cimek se alejaron del campo de escombros, dirigiéndose como balas calientes hacia los cielos nublados. El humano escapado, desarmado en su cápsula apenas maniobrable, ciertamente no duraría mucho.

VI

Bruscamente, la cápsula de salvamento se estremeció y sonó una sirena de advertencia. Instrumentos digitales y cristalinos chispearon en el panel. Piers trató de interpretarlos, ajustando los torpes controles de la nave que caía, luego miró hacia arriba a través de la ventanilla para ver las laderas marrones y blancas hacia adelante, las laderas heladas y congeladas con parches de bosques oscuros nevados. En el último instante, se detuvo, lo suficiente...

La cápsula de salvamento raspó los altos y puntudos árboles oscuros y se estrelló contra la alta tundra cubierta por una fina capa de nieve. El impacto hizo rebotar la cápsula en el aire, girándola por segunda vez en el bosque irregular.

En su arnés de energía, Piers rodó y gritó, tratando de sobrevivir, pero esperando lo peor. Una espuma amortiguadora corrió a su alrededor justo antes del primer impacto, protegiendo su cuerpo de las peores heridas. Luego la cápsula se estrelló de nuevo, rompiendo la nieve y la tierra congelada. La vaina finalmente se detuvo, gimiendo y siseando.

La espuma se disolvió cuando Piers se levantó y se limpió la baba viscosa de la ropa, las manos y el cabello. Estaba demasiado conmocionado para sentir dolor y no podía tomarse el tiempo para evaluar sus lesiones.

Sabía que sus padres estaban muertos, su nave destruida. Esperaba que su visión borrosa fuera por sangre en sus ojos, no por lágrimas. Era un Harkonnen, después de todo. Su padre le habría golpeado en la mejilla por mostrar una emoción cobarde. Ulf había logrado dañar al enemigo en un ataque infructuoso, pero aún había más cimek allí arriba. Sin duda vendrían a buscarlo.

Piers luchó contra el pánico y lo convirtió en una evaluación dura e instantánea de su situación. Si tenía alguna esperanza de sobrevivir, las circunstancias lo obligaban a responder con determinación, incluso con crueldad: el modo Harkonnen. Y no tendría mucho tiempo.

La cápsula de salvamento contenía algunos suministros de supervivencia, pero no podía quedarse allí. Los cimek se concentrarían en la nave y terminarían el trabajo. Una vez que corriera, no tendría oportunidad de regresar.

Piers agarró un botiquín médico y todos los paquetes de raciones que podía llevar, metiéndolos en un saco flexible. Abrió la escotilla de la cápsula y se arrastró afuera, oliendo el humo y oyendo el crepitar de unos pocos fuegos jadeantes encendidos por el calor del impacto. Respiró hondo el aire frío y penetrante, cerró la escotilla detrás de él, se alejó tambaleante de la cápsula humeante y cruzó la nieve manchada en el exiguo refugio de las coníferas oscuras. Quería alejarse lo más posible antes de detenerse para considerar su siguiente paso.

En una situación como esta, su padre habría estado preocupado por las propiedades familiares, las minas de Hagal. Con Piers y sus padres fuera, ¿quién dirigiría el negocio y mantendría a la poderosa familia Harkonnen? En este momento, sin embargo, el joven

estaba más preocupado por su propia supervivencia. De todos modos, nunca había encajado con las filosofías de los negocios familiares.

Al escuchar un rugido agudo, miró hacia el cielo y vio cuatro senderos blancos llameantes que venían hacia él como municiones dirigidas. Aterrizadores cimek. Cazadores. Las máquinas con mentes humanas lo rastrearían en el desolado desierto.

Cuando el peligro de repente se acercó, Piers vio que estaba dejando huellas profundas en la nieve. La sangre goteaba de un desagradable corte en su muñeca izquierda; más escarlata salpicaba de otra herida en su frente. Podría estar dejando un camino para que el enemigo lo siguiera.

Su padre lo había dicho con voz severa e impaciente, pero la lección era valiosa de todos modos: ten en cuenta todas las facetas de una situación. El hecho de que algo sea silencioso no significa que no sea peligroso. No confíes en tu seguridad en ningún momento.

Debajo de los árboles, escuchando el rugido mientras los cimek convergían sobre las coordenadas de choque de su cápsula, Piers untó sellador de heridas en sus cortes para detener el sangrado. Un momento de prisa puede causar mucho más daño que un momento de retraso para planificar el futuro.

Abruptamente cambió de dirección, seleccionando un área clara donde los árboles habían protegido el suelo de la nieve y las rocas. Se movió sobre la superficie rocosa en un curso deliberadamente caótico, esperando desviar la persecución. No tenía armas, ni conocimiento del terreno... y ninguna intención de darse por vencido.

Piers subió más arriba en el terreno inclinado, y la nieve se hizo más espesa donde los árboles se volvieron escasos. Cuando llegó a un claro, recuperó el aliento y miró hacia atrás para ver que los módulos de aterrizaje cimek se habían reunido alrededor de su cápsula. Aún no lo suficientemente lejos, pero aún sin ningún lugar para correr.

Observando con horrorizada fascinación, Piers vio surgir formas móviles y elásticas de las naves terrestres: cuerpos mecánicos adaptables para transportar contenedores cerebrales cimek a través de una variedad de entornos. Al igual que cangrejos molestos, los cimek se arrastraron sobre los restos sellados, utilizando garras de corte y lanzallamas candentes para abrir el casco. Cuando no encontraron a nadie adentro, literalmente rompieron la cápsula de salvamento.

Las formas andadoras acecharon alrededor de la cápsula, sus hilos ópticos reluciendo con una variedad de sensores. Escanearon sus huellas en la nieve, se movieron hacia donde su presa se había detenido para aplicar su paquete médico. Los escáneres cimek podrían hallar fácilmente sus huellas en la tierra, los rastros térmicos del calor de su cuerpo, cualquier cantidad de pistas. Indiscutiblemente, partieron a través del suelo desnudo hacia donde había elegido huir.

Preocupándose por el pánico momentáneo que lo había hecho dejar un rastro tan obvio, Piers inició una carrera cuesta arriba, siempre en busca de un lugar donde esconderse, un arma que usar. Intentó ignorar su corazón martilleante y su dificultad para respirar en este ambiente frío y accidentado de Caladan. Se estrelló contra otro matorral

de pinos oscuros, siempre subiendo. La pendiente se hizo más pronunciada, pero debido a las densas coníferas, no podía ver exactamente a dónde iba ni lo cerca que podía estar de la cresta.

Vio varillas, rocas, pero nada que fuera un arma efectiva contra los monstruos mecánicos, ninguna forma de defenderse contra las horribles máquinas. Pero Piers era, después de todo, un Harkonnen, y no se daría por vencido. Los lastimaría si pudiera. Por lo menos, les ofrecería una buena persecución.

Lejos en la retaguardia, Piers oyó crujidos, árboles crujiendo e imaginó a los cimek despejando el camino para sus cuerpos blindados. A juzgar por el humo, también debían estar incendiando el bosque. Bien, de esa manera arruinarían las sutilezas de su rastro.

Siguió corriendo mientras el suelo se tornaba más rocoso, con parches de hielo que se extendían en las laderas empinadas. Nieve precariamente equilibrada se aferraba a la montaña, lista para liberarse en cualquier momento. Los árboles en aquella elevación estaban doblados y retorcidos, y olió una mancha sulfurosa en el aire. A sus pies vio pequeños charcos burbujeantes, cubiertos de amarillo.

Frunció el ceño, reflexionando sobre lo que podría significar. Un área termal. Había llegado a esos lugares en sus estudios, anomalías geológicas esotéricas que su padre le había obligado a aprender antes de enviarlo a las operaciones mineras en Hagal. Aquella sería una región de actividad volcánica con aguas termales, géiseres, fumarolas... un lugar peligroso, pero que ofrecía oportunidades contra grandes oponentes.

Piers corrió hacia el fuerte olor y la espesa bruma, esperando que esto le diera una ventaja. Los cimek no usaban ojos como los humanos, y sus sensores eran delicados, sensibles a diferentes partes del espectro. En algunos casos, les daba a los perseguidores una ventaja increíble. Allí, sin embargo, con los salvajes toques de calor y el terreno rocoso y estéril, los cimek no podían usar sus escáneres para recoger los rastros residuales de sus huellas.

Corrió a través de la brumosa y húmeda tierra de nadie de rocas, parches de nieve, tierra seca y crujiente, tratando de desviar su persecución y buscar un lugar para esconderse o defenderse. Luego de horas de precipitada persecución, se derrumbó sobre una roca cálida incrustada con líquen anaranjado junto a un respiradero de vapor siseante. Más que cualquier otra cosa, quería acurrucarse bajo un saliente rocoso junto a una de las aguas termales, permaneciendo oculto el tiempo suficiente para dormir durante unas horas.

Pero los cimek no requerían dormir. Todas sus necesidades de soporte vital eran atendidas con electrofluidos restaurativos que los mantenían vivos en sus contenedores de preservación. Seguirían persiguiéndolo sin pausa.

Piers abrió las raciones de comida y se tragó dos obleas energéticas, pero se obligó a salir de nuevo antes de que sintiera un resurgimiento de resistencia. Tenía que presionar su ventaja, no perder terreno.

Usando ahora sus manos y sus pies, Piers trepó rocas más empinadas. Sus dedos se volvieron polvorientos con azufre amarillo. Eligió el terreno más empinado, esperando que fuera difícil para los cuerpos de los caminantes cimek, pero también lo ralentizó.

El viento comenzó a levantarse, y Piers lo sintió contra su rostro, alternando explosiones de calor y frío. Las brumas se despejaron en parches, y de repente el paisaje se reveló a su alrededor. Miró hacia atrás, hacia los últimos restos de bosques de coníferas, de las rocas que sobresalían y de los charcos de minerales que burbujaban debajo de él.

Entonces vio una de las formas andadoras cimek, sola, acechándolo. Los otros tres debían haberse separado, dando vueltas en su búsqueda, como si fuera una especie de juego. El cuerpo mecánico brillaba plateado en el repentino lavado de la luz de la tarde. Buscando.

Piers sabía que estaba expuesto y desprotegido en la ladera rocosa; apretó su cuerpo contra las rocas, esperando permanecer invisible. Pero en cuestión de segundos, el cimek había atacado a su presa. El caminante mecánico desencadenó un proyectil ardiente, un glóbulo salpicado de gel llameante que erró a Piers y golpeó la roca, quemándola.

Trepó por la roca, encontrando una nueva oleada de energía. Echando a correr rápidamente, el cimek recorrió la pendiente, sin perder tiempo en el tedioso trabajo de rastrear al humano.

Piers estaba atrapado, con precipicios y charcos sulfurosos calientes a izquierda y derecha, y un campo de nieve empinado y liso cubierto de contaminantes amarillos sobre él. Una vez llegara a la cima de la cresta, tal vez podría tirar piedras, de alguna manera derribar al cimek debajo de él. No vio otra opción.

Arañando con las manos y luchando por puntos de apoyo, Piers se abrió paso por el resbaladizo campo glaciar. Sus zapatos perforaron la corteza, hundiéndose en la nieve fría hasta las rodillas. Sus dedos pronto se volvieron entumecidos y rojos. El aire helado le chamuscó los pulmones, pero se arrastró más rápido, alejándose. Su padre dominante lo habría despreciado por preocuparse por la simple incomodidad física en un momento de tanta urgencia. El glaciar parecía continuar para siempre, aunque podía ver la parte superior, un borde afilado en la cresta.

La máquina cazadora debió de haberse separado, y tal vez había eludido a los otros tres entre los charcos térmicos y las rocas desmoronadas. Incapaz de encontrar sus huellas, estaría peinando el suelo... implacable, como las máquinas siempre lo fueron. Solo uno de los cimek lo había encontrado, aparentemente por accidente.

Aun así, un solo enemigo monstruoso era más que suficiente para matarlo, y este estaría en contacto por radio con los demás. Ya debían estar viniendo. Pero este parecía ansioso por matar a Piers por sí mismo.

A continuación, el cimek llegó a la base del campo de hielo, escaneó por un momento y luego se escabulló. Sus largas piernas se clavaron en la nieve, trepando más rápido de lo que cualquier humano podría hacerlo.

El cimek hizo una pausa, se balanceó hacia atrás y luego lanzó otro proyectil de fuego. Piers se hundió en la nieve, y el explosivo caliente formó un cráter apenas a un brazo de distancia de él. El violento impacto causó que el abrupto y precario campo de nieve temblara y cambiara. A su alrededor, la corteza comenzó a romperse velozmente. Arriesgándose, pateó con fuerza una de los duros montones de nieve compactada, con la esperanza de hacerlo caer para golpear a su enemigo, pero la superficie helada se detuvo de nuevo, chirriando y gimiendo, y luego permaneció en silencio. Con una respiración profunda, volvió a subir.

Mientras el cimek se acercaba, Piers notó un afloramiento rocoso que sobresalía de la nieve. Lucharía hasta allí y se pondría de pie. Tal vez podría arrojar piedras a la máquina, aunque no se hacía ilusiones sobre lo efectivas que serían.

Sólo un tonto se queda sin opciones, habría dicho Ulf Harkonnen.

Piers refunfuñó ante el recuerdo.

«Al menos sobreviví más que tú, padre».

Entonces, para su asombro, en la cresta del glaciar vio un grupo de figuras que lucían... ¡humanas! Contó a docenas de personas que se encontraban en la parte superior del campo de nieve. Gritaban maldiciones incomprensibles contra el cimek. Las extrañas siluetas levantaron grandes cilindros, ¿armas de algún tipo?, y comenzaron a dispararlas. Fuertes sonidos retumbantes resonaron en las montañas como truenos, explosiones. Tambores.

Los extraños sacudían sus matracas. Al principio no hubo ritmo aparente, pero luego los pulsos se combinaron en una resonancia, un retumbo que hizo temblar todo el campo de nieve.

Las grietas se ensancharon sobre el hielo, y el glaciar comenzó a cambiar. El masivo caminante cimek luchó por aferrarse mientras el suelo congelado comenzaba a resbalar.

Al ver lo que estaba a punto de suceder, Piers se zambulló en el afloramiento rocoso, refugiándose en una gruta rodeada por una gruesa piedra a cada lado. Se sostuvo justo cuando la nieve cayó con un rugido sibilante.

La avalancha golpeó al cimek como un maremoto blanco, lanzando bolos sobre el andador, golpeándolo y chocándolo contra otras rocas. Cuando la máquina enemiga se estrelló en la ladera, Piers cerró los ojos y esperó a que el estruendo del rugido alcanzara su crescendo y luego se desvaneciera.

Cuando finalmente emergió, asombrado de estar vivo, el aire en sí brillaba con cristales de hielo arrojados al cielo. Mientras que la capa de nieve, sin duda, permanecía inestable, la gente extraña cargó por la nieve y el hielo roto, gritando con entusiasmo como cazadores que acabaran de embolsar una impresionante cantera.

Aún incapaz de creer lo que estaba viendo, Piers estaba sobre las rocas. Y entonces vio el cimek retorcido y maltratado, muy abajo de la ladera, caído de espaldas. La avalancha lo golpeó con una fuerza destructiva equivalente a un arma pesada. El cimek había sido aplastado, abollado y retorcido, pero aun así sus miembros mecánicos intentaron levantar la forma del caminante en posición vertical.

A pesar de que los humanos primitivos llevaban un monótono atuendo de supervivencia hecho de materiales secuestrados, llevaban herramientas sofisticadas, más que simples lanzas o palos. Cuatro jóvenes nativos se apresuraron al borde del campo de hielo roto y los árboles, ¿exploradores?, y vigilaron, recelosos de otros cimek.

Los humanos restantes cayeron como hienas sobre el lisiado cimek, blandiendo cortadores y garfios. ¿Estaba el cazador mecánico pidiendo ayuda a sus tres camaradas? Los nativos golpearon rápidamente las antenas transmisoras en el cuerpo del caminante y luego, con una eficacia sorprendente, desmantelaron las piernas problemáticas del caminante. El brazo arma de cimek parpadeó en un intento de lanzar otro proyectil llameante, pero los primitivos de Caladan desconectaron rápidamente los componentes.

Por el parche vocalizador del cimek llegó una andanada de amenazas y maldiciones, pero los humanos no prestaron atención, sin mostrar temor. Trabajaron diligentemente para desconectar el sistema hidráulico, los cables de fibras y los elementos electrónicos, y colocaron cada pieza a un lado como material de desecho valioso. Dejaron al descubierto el contenedor cerebral del cimek, la traicionera mente humana desencarnada una vez más, aunque esta vez no por su propia voluntad.

Aturdido, Piers miró el contenedor extrañamente inofensivo que contenía la mente del cimek. Los nativos no lo destruyeron de inmediato, sino que parecían tener otros planes. Lo sostuvieron como un trofeo.

Piers, lleno de preguntas, bajó por la cambiante superficie de nieve quebrada. Los nativos lo miraron mientras se acercaba, mostrando curiosidad sin amenazas. Hablaban un lenguaje incoherente que no podía comprender.

—¿Quién son ustedes? —preguntó Piers en estándar Galach, esperando que alguien aquí lo entendiera.

Uno de los hombres, un tipo viejo y delgado con una corta barba rojiza y una piel más clara que sus compañeros, hizo un gesto hacia Piers con feliz victoria. Se paró frente a Piers, golpeándose el pecho.

—Tiddoc.

—Piers Harkonnen —respondió él, luego decidió simplificar—: Piers.

—Bien, Piers. Gracias —dijo en un Galach reconocible, pero con un acento fuerte. Al ver la sorpresa del joven, Tiddoc habló lentamente, como si sacara de su memoria las palabras correctas—: Nuestra lengua tiene raíces del Galach de los vagabundos zenzuníes, que huyeron de la Liga hace mucho tiempo. Durante años trabajé en ciudades de nobles, realizando tareas menores. Aprendí palabras aquí y allá.

Paralizado e inmóvil, el cimek enemigo capturado continuó gruñendo insultos a través del parche vocalizador integrado mientras los nativos de Caladan usaban dos de las patas del caminante amputadas como varillas de soporte, azotando el recipiente cerebral para que colgara entre los polos como una bestia salvaje capturada. Dos de los nativos de aspecto más fuerte se pusieron las varillas de metal sobre los hombros y comenzaron a retroceder cuesta arriba. Los otros nativos recogieron los componentes que pudieron llevar y treparon por la áspera ladera de la montaña.

—Ven con nosotros —dijo Tiddoc.
Piers no tuvo otra opción que seguirlos.

VII

Mientras Piers seguía a los hombres ásperos cuesta arriba, una de sus rodillas palpitó a cada paso y su espalda se puso rígida hasta arder. Todavía no había tenido tiempo de aceptar la muerte de sus padres. Echaba de menos a su madre, por su amable atención, su inteligencia. Katarina le había salvado la vida, había lanzado la cápsula de salvamento antes de que los cimek pudieran destruir el yate espacial.

En cierto modo, Piers incluso extrañaba a su padre. A pesar de la aspereza de Ulf, solo había deseado lo mejor para sus hijos, se había enfocado en sus responsabilidades para las posesiones Harkonnen. Avanzar en la fortuna de la familia siempre era primordial. Ahora parecía que su hermanito Xavier era todo lo que quedaba del linaje Harkonnen. Piers tenía pocas esperanzas de que alguna vez se alejara de Caladan... pero al menos había sobrevivido tanto tiempo.

Subió cojeando la empinada ladera, tratando de seguir el ritmo de los ágiles nativos. Dentro de su contenedor de preservación, el malvado cerebro cimek se derramaba mientras los primitivos lo transportaban. Los gritos estáticos provenían del parche vocalizador del contenedor, primero en Galach estándar y luego en otros idiomas. Tiddoc y los nativos parecían encontrarlo divertido.

Los nativos prestaron poca atención al cerebro incorpóreo, excepto para mirarlo y mostrarle sus dientes. El anciano de barba roja era el más demostrativo. Además de expresiones faciales amenazantes, hizo gestos con una herramienta de corte, balanceándola cerca de los sensores del contenedor, lo que solo sirvió para agitar más al cerebro cautivo. Obviamente, se habían encontrado con cimek anteriormente y sabían cómo luchar contra ellos.

Pero estaba preocupado por los otros tres cazadores mecánicos. No abandonarían la persecución, y una vez que encontraran el sitio de la avalancha y el caminante desmantelado, los cimek podrían rastrear a los nativos aquí. A menos que el capturado no hubiera podido pedir ayuda antes de que la avalancha lo barrierá. A un cimek no le gustaba admitir debilidad.

Piers buscó las fortificaciones que la gente había construido. Delante, se formó un hielo sobresaliente, un techo gigante que protegía un asentamiento. Los primitivos habían hecho su campamento en una gran área derretida por respiraderos térmicos en el suelo. Las mujeres y los niños se agitaban en chozas de roca, haciendo las tareas del hogar, deteniéndose para mirar a la comitiva que se aproximaba. La gente vestía ropas gruesas, botas y sombreros forrados con pieles de animales locales desconocidos. Piers escuchó los gritos de los animales, vio criaturas blancas y peludas cerca de las viviendas.

Más allá del refugio del saliente, el vapor se agitaba a través de gruesas capas de hielo y nieve, acompañado de burbujas de calor de mudpots y géiseres. Mientras Piers seguía a la tribu por estrechos escalones de roca hacia el asentamiento, se maravilló ante el impresionante contraste de fuego y hielo, incluso mientras miraba a cada rato por encima

del hombro para asegurarse de que no veía señales de los otros cazadores cimek. Gotas ocasionales llovían desde el techo congelado de la cúpula, derritiéndose lentamente, pero cuando Piers alzó la vista hacia el hielo azul, decidió que el glaciar, y el asentamiento, habían estado allí por mucho tiempo...

Cuando la oscuridad cayó abruptamente como una cortina dibujada frente al sol, las mujeres nativas de Caladan usaron trozos de madera para construir una gran pira en una zona rocosa en el centro del asentamiento. Los exploradores salieron a patrullar para vigilar a las máquinas enemigas mientras el resto de la tribu se preparaba para celebrar. Los hombres trajeron trozos de carne fresca de otras cacerías y los clavaron en largas asaderas de metal sobre el fuego.

Colocaron el contenedor cerebral del cimek cautivo a un lado, en el hielo, y lo ignoraron.

Hablando el uno al otro en su lengua gutural, los nativos se sentaron en pieles alrededor del fuego y pasaron la comida, compartiendo con su visitante. Piers descubrió que la carne era demasiado jugosa para su gusto, pero terminó un gran pedazo, no queriendo insultar a sus anfitriones. Estaba hambriento y complementó su comida con parte de una barra de racionamiento que había rescatado de la cápsula de salvamento; ofreció el resto de la comida empaquetada a sus rescatadores, y ellos aceptaron con entusiasmo.

Aún así, la urgencia lo mordió. Incluso entre tantas otras personas, no se sintió seguro, e intentó convencer al viejo líder de que el peligro no había desaparecido.

—Hay más cimek, Tiddoc. Creo que me están buscando.

—Ya matamos a uno —dijo.

—¿Pero qué hay del resto? Todavía están por ahí...

—Los mataremos también. Si te molestan. Los cimek tienen poca paciencia. Pierden interés rápidamente. ¿Eres tan importante para ellos? Mi gente sabe que nosotros no. —Palmeó la muñeca de Piers—. Tenemos exploradores. Tenemos defensas.

Después de la comida, Tiddoc y su gente se sentaron alrededor del fuego de cuentos, contando parábolas antiguas y aventuras en su lengua materna. Durante el intercambio, los miembros de la tribu pasaron alrededor la calabaza de una bebida potente. Envuelto en un pelaje para protegerse del aire frío, Piers bebió y sintió calor en el biente. A intervalos, el anciano tradujo para Piers, relatando historias de los oprimidos zensunies que habían huido de las máquinas, así como de la esclavitud en la Liga de Nobles.

Un poco achispado, Piers defendió a la Liga y su continua lucha contra las máquinas pensantes, aunque simpatizaba con la desagradable situación de los esclavos budislámicos en Poritrin, Zanbar y otros mundos de la Liga. Mientras Tiddoc luchaba por traducir, Piers habló de batallas épicas contra el malvado Omnius y sus agresivos robots y cimek.

Y, con una voz gruesa, contó cómo su propia nave había sido destruida, sus padres asesinados...

Tiddoc hizo un gesto hacia el contenedor cerebral cimek.

—Ven. El banquete ha terminado. Ahora terminamos nuestra guerra de máquinas. La gente ha estado esperando esto. —Gritó algo en su propio idioma, y dos hombres levantaron el contenedor por sus postes improvisados. El cimek gruñó por su parche vocalizador, pero se le habían acabado las maldiciones efectivas.

Varias mujeres encendieron antorchas desde el fuego central y encabezaron el camino por un camino que bajaba desde el goteo del glaciar. Llenos de buen ánimo, los nativos se marcharon, llevando el cerebro enemigo impotente. El cimek lanzaba amenazas en todos los idiomas en los que podía pensar, pero los primitivos solo se reían de él.

—¿Qué están haciendo? —inquirió el cimek. Controlando sus últimos mentrodos funcionales, el cerebro incorpóreo se retorció en su contenedor—. ¡Alto! ¡Los aplastaremos a todos!

Piers los siguió por una cresta y descendió por una pendiente hasta donde el aire apestaba a azufre y la roca porosa se calentaba bajo sus pies. Llevando el indefenso cimek, el grupo se detuvo en un agujero humeante en la roca y se quedó charlando y riendo. Sostenían el contenedor cerebral sobre la ominosa abertura.

Piers se inclinó más cerca del agujero, curioso, pero Tiddoc lo apartó. El anciano de barba roja llevaba una extraña sonrisa a la luz de las antorchas.

Un estruendo sonó profundamente en el hueco, y con un chorro preliminar de agua caliente, un geiser estalló, un chorro escalofriante que parboló el cerebro del cimek. Las maldiciones del enemigo se convirtieron en chillidos, seguidos por sonidos de balbuceo y un dolor inconexo que goteaba del parche vocalizador dañado.

Cuando el géiser se calmó, el delirante cimek lloró y farfulló. Momentos después, el geysir estalló de nuevo, y el parlante vocalizador soltó horribles aullidos que enviaron escalofríos por la espina dorsal de Piers.

A pesar de que este monstruo había tratado de matarlo, había participado en el asesinato de sus padres, Piers no podía tolerar escuchar su miseria nunca más. Cuando la hirviente explosión se apagó de nuevo, tomó una roca y rompió el vocalizador, desconectándolo. Pero los nativos continuaron sosteniendo el agonizante cerebro sobre el agujero del géiser, y cuando el chorro abrasador se derramó por tercera vez, el cimek gritó en silencio, hasta que se hirvió vivo en su electrafluido.

Luego, los nativos rompieron el contenedor sobre una roca y devoraron el contenido caliente y cocido.

VIII

La cabaña de roca era cálida y marginalmente cómoda, pero Piers dormía mal, incapaz de olvidar las espantosas imágenes. Cuando finalmente soñó, se vio atado a postes mientras los nativos lo sostenían sobre el agujero del géiser. Oyó que el agua hirviendo corría hacia él, y se despertó con un grito atrapado en su garganta.

Afuera, solo oyó el aullido de un animal, luego el silencio.

Y luego sonidos mecánicos.

Se tambaleó hacia la entrada de la cabaña y miró hacia afuera, al aire frío y sulfuroso. Ahora los peludos animales de guardia aullaban. Los primitivos gritaban y agitaban en su campamento. Los exploradores habían estado mirando.

En una hendidura de cielo brumoso y grisáceo que se extendía entre el suelo y la helada proyección, Piers vio que cuatro naves se acercaban con ruidos de insectos y sus motores brillaban en el cielo antes del amanecer. ¡Cimek!

Tiddoc y los nativos salieron de sus cabañas de piedra, llevando antorchas, armas. Piers se lanzó, ansioso por ayudar. Había perdido a los otros dos cazadores cimek en su vuelo el día anterior, pero las sofisticadas máquinas pensantes habrían peinado el paisaje con sus escáneres hasta que finalmente captaron su rastro... lo que había traído a los monstruos aquí.

Las naves cimek aterrizaron en el campo rocoso cercano y abrieron escotillas, cada una liberando un cuerpo caminante armado. Las máquinas guerreras marcharon cuesta abajo con una alarmante velocidad. Por delante, los primitivos se dispersaban, ululaban, agitaban antorchas y se burlaban del enemigo.

Uno de los cimek lanzó un cohete de fuego gelificado, que explotó y colapsó parte del techo arqueado del glaciar. Fragmentos de hielo cayeron y destrozaron las cabañas vacías de piedra.

Tiddoc y los aldeanos corrieron fuera del camino como si fuera un juego, haciendo un gesto a Piers para que los siguiera mientras corrían por el camino que habían tomado la noche anterior, hacia el campo de géiseres. A la luz del día, Piers vio que se trataba de una zona amplia, de suave pendiente, con manantiales de agua hirviendo y aguas termales. Fumarolas y géiseres eructaban repetidamente, llenando el aire de humo y ondas de calor. Gritando, maldiciendo, la gente se dividió, siguiendo rutas instintivas a través del suelo crujiente. El supuesto pánico de los nativos era una acción extrañamente organizada, como un juego de gato y ratón. ¿Estaban atrayendo al enemigo? Parecían tener un plan, una cacería propia.

Piers corrió junto con ellos, agachándose mientras los cuatro caminantes cimek disparaban proyectiles contra la siseante área termal. Sus cuerpos mecánicos avanzaban lentamente como arañas pesadas en el terreno incierto. Para máquinas sofisticadas, su objetivo era terrible. Los hilos ópticos y los sensores térmicos de los cimek debían estar casi cegados en el caos de las señales de calor.

Tiddoc lanzó una lanza, que resonó en la torreta principal del mayor caminante cimek. Era un arma ineficaz, diseñada para distraer y provocar al cimek, en lugar de dañar el cuerpo del caminante. El líder corrió hacia adelante, ululando, atrayendo al cimek con él.

Agitada, la máquina más grande gritó a través de un altavoz:

—¡No pueden escapar de Agamenón! —Los otros tres cimek se arrastraron detrás de él.

Piers se estremeció. Todos los humanos libres conocían al famoso general del ejército de Omnium, uno de los brutales titanes originales.

Con un golpe de suerte, una de las máquinas enemigas atacó a un joven que corría demasiado cerca del brazo armado, y su cuerpo tembloroso y ardiente se retorció en el suelo. Los nativos de Caladan, que parecían enojados y vengativos, reforzaron sus filas y trabajaron más duro contra los cimek. Arrojaron explosivos caseros que explotaron con humo y fuego y una fuerte conmoción cerebral, dejando marcas de quemaduras en los cuerpos cimek. Las máquinas con mentes humanas no disminuyeron su progreso.

De pies ligeros, los primitivos corrieron a través de la zona volcánicamente activa. Los cimek, ajenos a la trampa, atacaron a su presa, rompieron las incrustaciones saladas y persiguieron a los nativos en las hediondas brumas. Dispararon más gotas de fuego gelificado, dispararon proyectiles explosivos. Otro hombre atrevido murió, su pecho estallando en un cráter humeante.

Tiddoc y los nativos seguían ululando y gritando, desafiantes. Dos de los cimek más pequeños se lanzaron hacia un campo de géiseres lleno de cráteres. Los primitivos agitados y burlones se detuvieron y se volvieron, expectantes.

La delgada capa de tierra endurecida se resquebrajó, se partió. Las dos formas mecánicas caminantes intentaron deslizarse hacia atrás, pero la superficie cedió por debajo, rompiéndose. Ambos cimek se sumergieron en el suelo peligroso y cayeron gritando en calderos de azufre.

Piers se unió a Tiddoc y los otros humanos en su grito de alegría, que fue aplastado con un tercer nativo, una joven de pelo largo, que fue derribada por proyectiles calientes.

Inesperadamente, un estallido de un géiser furioso salió disparado del suelo junto a un tercer atacante cimek, quemando el contenedor cerebral. Sus mentrosos dañados, el monstruo mecánico se desvió y tropezó en la confusión. El cimek cayó sobre sus rodillas articuladas, el electrofluido en su contenedor cerebral teñido de azul resplandeciente mientras enfocaba su energía mental.

Tiddoc arrojó un pequeño explosivo casero al suelo, como una granada. La detonación no causó ningún daño adicional al caminante blindado, pero la corteza del suelo se fracturó. Mientras el enemigo mecánico herido se tambaleaba, desorientado, la superficie cedió. El tercer cimek se unió a los otros en el lodo fundido.

Agamenón siguió avanzando hacia los humanos en retirada, como despreciando a sus subordinados incompetentes. El líder cimek se lanzó inquebrantable hacia el viejo Tiddoc. El hombre de barba roja y sus compañeros lanzaron sus lanzas y más explosivos

crudos, pero el general mecánico no se inmutó. Detrás de ellos y en los lados yacía tierra sobrecalentada, mientras que el inmenso cimek bloqueaba su única vía de escape.

Impulsado, Piers corrió frente al cimek principal, gritando para distraerlo. Tomó una lanza desechada y la golpeó contra una de las altas patas del caminante.

—¡Agamenón! ¡Asesinaste a mis padres!

Para su sorpresa, el general cimek giró su cabeza de torreta, y los sensores térmicos se clavaron en la forma del humano advenedizo.

—¡Un luchador! —dijo el monstruo con considerable diversión—. Tú eres la sabandija que hemos estado persiguiendo.

—¡Soy un noble Harkonnen! —gritó Piers. Giró la lanza como un garrote ante el contenedor cerebral. Acertó la gruesa armadura plaz con un golpe lo suficientemente fuerte como para sacudir sus huesos, pero dejó solo una pequeña muesca en el contenedor de preservación.

El cimek lanzó una carcajada. Una de las garras de Agamenón agarró a Piers y tiró de la lanza. El joven sintió la garra afilada apretarse alrededor de su torso. Era vagamente consciente de los aullidos de Tiddoc.

Entonces, de repente, la superficie cedió bajo el pesado caminante cimek. El barro empapado brotaba hacia arriba, y Agamenón cayó en un pozo de géiseres hirviendo, todavía agarrando a su víctima humana. La garra se aflojó, apenas, y Piers trepó por encima del cuerpo, tratando de protegerse del calor, para agarrar la piedra áspera del borde del foso. El vapor recalentado explotó hacia arriba, erradicando todos los signos de Piers y el último invasor de las máquinas.

IX

Vivo y furioso, Agamenón se reinstaló en un módulo de aterrizaje de nave espacial intacto y partió del mundo acuático. Con su cuerpo caminante fuertemente protegido, se había aferrado a los bordes de la fosa humeante, soportado las explosiones de vapor sin caer en el barro fundido.

Las sabandijas se unieron, le arrojaron más explosivos y Agamenón se despreció a sí mismo por verse obligado a retirarse. Con su hidroaúlica ya dañada, y todos sus tontos neocimek desaparecidos, su forma caminante cojeó y regresó a la nave espacial, dejando a la tribu atrás. Los sistemas a bordo de su nave reconfiguraron su contenedor cerebral a los controles; descartó el cuerpo del caminante en ruinas, dejándolo como chatarra en la maldita superficie de Caladan.

Único superviviente de su escuadrón cimek, Agamenón, dejó atrás el mundo sin complicaciones. Volvería a la Tierra, y a la computadora Omnium, y presentaría su informe.

En este punto, estaba en libertad de crear cualquier explicación que eligiera. Omnium nunca sospecharía que mentía: tales cosas simplemente no le ocurrían a la computadora omnipresente. Pero el general cimek tenía un cerebro humano...

Cuando Agamenón volara al espacio abierto, tendría tiempo suficiente para pensar en las explicaciones apropiadas y a quién echarle la culpa. Incluiría una versión de los eventos en sus memorias en constante crecimiento registradas en la base de datos de las máquinas.

Afortunadamente, la omnipotente todopoderosa y omnisciente mente sólo requería información y un recuento preciso de todos los eventos. Poner excusas era una debilidad puramente humana.

X

En el mundo capital de la Liga de Salusa Secundus, un niño miraba a Emil Tantor, un noble rico e influyente, de piel oscura. Se paraban en el jardín delantero de la extensa propiedad Tantor, con los edificios más altos de la ciudad visibles en la distancia. Era temprano en la noche, con luces centelleantes en las casas palaciegas que salpicaban las colinas.

La señal de socorro de Ulf Harkonnen finalmente había sido interceptada, y Emil Tantor le había traído al chico las terribles noticias sobre sus padres y su hermano. Más bajas en la guerra de larga data contra las máquinas pensantes.

El joven Xavier Harkonnen inclinó la cabeza, pero se negó a llorar. El bondadoso noble tocó su hombro y le habló palabras profundas y suaves.

—¿Me querrás a mí, y a Lucille, como tus padres de crianza? Creo que es lo que tu padre quería, cuando te dejó a nuestro cuidado.

Xavier lo miró a los ojos marrones y asintió.

—Te convertirás en un buen hombre —dijo Tantor—, uno que enorgullecerá a tu hermano y a tus padres. Haremos todo lo posible para criarte bien, para enseñarte honor y responsabilidad. Harás que el nombre Harkonnen brille en los anales de la historia.

Xavier miró más allá de su padre adoptivo hasta las tenues estrellas que brillaban en el crepúsculo. Podía identificar algunas de esas estrellas, y sabía qué sistemas estaban controlados por Omnius, y cuáles por la Liga.

—También aprenderé a luchar contra las máquinas pensantes —dijo. Emil Tantor le apretó el hombro—. Las venceré algún día.

Es mi propósito en la vida.

XI

En una noche negra en el campo de nieve brillante y pinos oscuros, los primitivos de Caladan se sentaron en pieles alrededor de un fuego rugiente. Manteniendo viva su tradición oral, repitieron las antiguas leyendas e historias de batallas recientes. El anciano Tiddoc se sentó junto al extranjero aceptado entre ellos, un héroe con ojos brillantes y piel cerosa y horriblemente marcada. Un hombre que había luchado solo contra un monstruo cimek y caído en una ardiente abertura... pero se había arrastrado con vida, aferrándose a la maltrecha forma andadora cimek.

Piers hizo un gesto con una mano; la otra, quemada y retorcida en inutilidad, colgaba inerte sobre su pecho. Hablaba apasionadamente en la antigua lengua budislámica, deteniéndose mientras luchaba por encontrar las palabras y luego continuaba cuando Tiddoc lo ayudaba.

Caladan era su hogar ahora, y viviría el resto de su vida con esta gente, en la oscuridad. Ningún escape parecía posible desde un lugar tan remoto, excepto a través de las historias que contaba. Piers mantenía cautivada a su audiencia mientras hablaba de grandes batallas contra las máquinas pensantes, mientras que también aprendía las canciones de la larga marcha, crónicas de las muchas generaciones de vagabundos zensunies.

Como su padre se había dado cuenta, Piers Harkonnen siempre había querido ser un narrador.